



WARHAMMER  
40.000

# EL DESPERTAR DE LA BESTIA

VOLUMEN 2

GUY HALEY • DAVID GUYMER • DAVID ANNANDALE • GAV THORPE

minotauro



# EL DESPERTAR DE LA BESTIA

VOLUMEN 2

GUY HALEY  
DAVID GUYMER  
DAVID ANNANDALE  
GAV THORPE

minotauro

*El despertar de la Bestia: Volumen 2*

Published by Black Library, 2018  
Copyright © Games Workshop Limited  
Originally published as *The Beast Arises: Volume 2*

*Throneworld* publicado por Black Library en 2016.  
*Echoes of the Long War* publicado por Black Library en 2016.  
*The Hunt for Vulkan* publicado por Black Library en 2016.  
*The Beast Must Die* publicado por Black Library en 2016.

*The Beast Arises: Volume 2, El despertar de la Bestia: Volumen 2*,  
GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy,  
el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer,  
Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas,  
y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas,  
vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™,  
y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción:

*Throneworld, El mundo del trono* © Patricia Mora, 2023  
*Echoes of the Long War, Ecos de la Guerra Eterna* © Ariadna Cruz González, 2023  
*The Hunt for Vulkan, La búsqueda de Vulkan* © Rocío Morón González, 2023  
*The Beast Must Die, La bestia debe morir* © Rocío Morón González, 2023

Imagen de cubierta: Víctor Manuel Leza Moreno

ISBN: 978-84-450-1517-9  
Depósito legal: B. 19.888-2022  
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

# CONTENIDO

|   |     |
|---|-----|
| El mundo del trono<br><i>Guy Haley</i>          | 9   |
| Ecos de la guerra eterna<br><i>David Guymer</i> | 253 |
| La búsqueda de Vulkan<br><i>David Annandale</i> | 505 |
| La bestia debe morir<br><i>Gav Thorpe</i>       | 703 |

# UNO

## LA CONGREGACIÓN DEL ÚLTIMO MURO

Una Armada de naves de guerra blindadas resplandecía en una órbita geosincronizada a miles de kilómetros sobre el ecuador de Phall. Cada uno de los heraldos dejaba claro a qué señor respondía. Aunque la falta de atmósfera recrudecía la luz del sol y decoloraba las armaduras amarillas y plateadas, negras, azules, carmesíes, blancas y grises de los distintos capítulos de Space Marines, estos permanecieron impávidos y desafiantes ante el fulgor de la estrella. Las sombras del espacio profundo contorneaban las misteriosas formas de las superestructuras, que se alzaban sobre las espinas dorsales de las naves, mientras que desde los flancos restallaban infinidad de luces. Las embarcaciones eran más grandes que ciudades; en su interior moraban miles de personas que llevaban una vida dedicada a la guerra. Las fauces de aquellas máquinas armadas descomunales descargaban proyectiles en el silencio de la insondable noche interplanetaria. Sus hangares eran pozos de oscuridad

que brillaban tenuemente con luz coherente, listos para desatar la venganza del Emperador contra los enemigos del Imperio.

Aun así, Koorland temía que no fuese suficiente. Había contado las naves una y otra vez, calculando la fuerza conjunta del armamento que habían desplegado sobre el planeta. El tonelaje de las naves, la carga explosiva de la munición, la cantidad de cazas, de tripulantes armados, de servidores y tripulación de cabina; los había contado a todos, no solo a los efectivos del Adeptus Astartes, aunque a ellos los contaba y recontaba más a menudo. Todas y cada una de las veces, las matemáticas de la guerra se quedaban cortas. Era el mayor número de Space Marines reunidos en un mismo sitio desde la época de la Purga y, no obstante, era ínfimo en comparación a la amenaza que suponían los orkos.

—Si te soy sincero, esta estampa conmovría el corazón de cualquier hombre.

—Así es, hermano Issachar —respondió Koorland.

Se apartó de la ventana para saludar al Señor del Capítulo de los Excoriators, que acababa de entrar en el muelle de observación. El blasón que compartían estaba a la vista de todos: el puño que adornaba las hombreras de Issachar, blancas y sin brillo, era el mismo que el de Koorland, ataviado con una armadura amarilla. Sin embargo, la alianza estaba rota, ya que los caminos de los hijos de Dorn se habían separado hacía mucho. El puño de Issachar era rojo, en lugar de negro, y entre los dedos sostenía un rayo de doble filo amarillo del que Koorland carecía. La armadura de los Excoriators era un amasijo de mellas y arañazos que iban acompañados de una anotación que describía la forma y el lugar en el que se habían generado. El rostro, al descubierto, estaba igualmente maltratado, y los jirones que mostraba la piel no se habían producido en batalla, sino que se debían a escarificaciones rituales.

La armadura de Koorland también estaba abollada, y no iba a repararla hasta que su venganza triunfara, pero mientras que su juramento era algo excepcional nacido del dolor, la práctica de

los Excoriators de conservar todas las heridas recibidas le resultaba de lo más extraña, al igual que los rituales del resto de la flota: los Black Templars, los Crimson Fists y los Fists Exemplar. La hermandad los había reunido aquí, en el Último Muro. Terra había sido amenazada y los sucesores de la antigua Legión VII se habían congregado de nuevo. A pesar de todo lo que tenían en común, la Legión VII se había disuelto hacía mil quinientos años, y estos capítulos, creados por el mismísimo primarca, se habían distanciado.

Koorland se preguntó si habría sido ese el motivo por el que empezó la Herejía, hermanos tan distanciados por las circunstancias que habían dejado de reconocerse como tal y se habían vuelto los unos contra los otros. El hombre que tenía al lado compartía con él los mismos talentos genéticos y una larga historia. Sin embargo, lo consideraba más un extraño que un hermano, alguien a quien saludar y agasajar como invitado de honor en el Festín de Espadas, pero cuya mente se escapaba al entendimiento de Koorland. A pesar de estar rodeado de su propia estirpe de guerreros, el último de los Imperial Fists se sintió más solo y más vulnerable que nunca.

—Se han congregado en un mismo sitio muchos hijos de Dorn —comentó Issachar. Aunque la armadura mellada y las escarificaciones le otorgaban una apariencia temible, Issachar era un hombre amable, y habló con tacto—. Las fuerzas que se han unido aquí me dejan sin aliento. ¡Qué Armada!, ¡qué flota! Con ella conquistaremos las estrellas.

Issachar se acercó al cristal blindado de los ventanales y lo acarició con unos dedos enfundados en un guantelete lleno de arañazos, como si quisiera absorber esa fuerza a través de ellos. Le dedicó una sonrisa a Koorland, pero la piel retorcida de su rostro no hizo más que convertir ese gesto en algo horrible.

—Por eso ya no existen las legiones. Y esto no es una legión —dijo Koorland—, a pesar de este despliegue. En el último re-

cuento, éramos dos mil ochocientos soldados de la estirpe de Rogal Dorn. Las filas de los Fists Exemplar se han visto muy mermadas. El gran mariscal Bohemond ha convocado sus cruzadas, pero están dispersadas por el universo —no mencionó el destino de sus propios hermanos, masacrados en Ardamantua—. Cinco compañías de los Crimson Fists, ocho de tus hermanos...

—El resto vendrá —le aseguró Issachar—. Nuestro ejército crece cada día que pasa. Dentro de poco, todos los Excoriators habrán llegado, todos y cada uno de nuestros hermanos en armas y neófitos. Te lo prometo. Los Iron Knights responderán a la llamada y vendrán a ayudarnos.

—¿Y luego qué? ¿Con cuántos podremos contar? Incluso si todos nuestros hermanos responden a la llamada, seremos menos de cuatro mil.

—El gran mariscal Bohemond nunca ha desvelado de cuántos efectivos se compone su capítulo. ¿Cuántos de ellos vendrán? Y aún no sabemos nada de los Soul Drinkers. Son reservados, pero son hombres de honor y partirán de inmediato en cuanto reciban la llamada al Último Muro.

—Seremos cinco mil a lo sumo —resumió Koorland—. En su máximo apogeo, la antigua VII Legión estaba compuesta de cien mil guerreros y solo era una de las dieciocho legiones. Qué diferente serían las cosas si todo siguiera igual.

—La división se produjo hace mucho, hermano. Aquello era entonces y esto es ahora. Yo siempre he honrado esa decisión, al igual que acabó haciendo el primarca. Pero últimamente he empezado a percibir las desventajas. —Issachar señaló la flota—. Míranos, la tradición nos ha dividido, los enemigos nos superan y nos han traicionado los hombres que elegimos para que gobernarán. Somos incapaces de reunir las fuerzas suficientes para aplastar a nuestros enemigos, así que nos limitamos a repelerlos. Pero siempre acaban volviendo cuando miramos para otro lado —echó un vistazo nervioso al tríptico de bajorrelieves que había



al final del pasillo. La imagen central mostraba al Emperador rodeado de luz y a los Black Templars arrodillados a sus pies con las armas en ristre—. Algunos hemos caído en las supersticiones.

—Eso no lo sabes —replicó Koorland, aunque, en el fondo de sus corazones, sabía que era verdad. Para él, esa imagen no revelaba más que una súplica.

—Miro los símbolos de nuestros hermanos, sus templos y condecoraciones. Lo esconden y, a la vez, alardean de ello.

Koorland observó el tallado. Apartó sus dudas encogiéndose los hombros.

—¿Acaso importa? Nuestros hermanos templarios son nobles hasta decir basta. Puede que sean algo obstinados, pero también lo era Sigismund el legendario, y dicen que era el hijo predilecto de Dorn.

—He luchado toda mi vida con honor y determinación —prosiguió Issachar— para defender el gobierno del Emperador. Dejemos que otros lo adoren, ya que aquellos a los que protegemos son ignorantes. Para ellos, el Emperador debe ser lo más parecido a un dios. Pero nuestros padres genéticos caminaron a Su lado, son Sus hijos, creados a partir de Su conocimiento, no de la hechicería. Si consideran que el Emperador es una divinidad, también deberían pensar lo mismo de Sus hijos y, por extensión, de toda la estirpe. Nosotros no somos dioses. Así que sí, señor del capítulo, claro que importa.

—En realidad no soy señor del capítulo como tal. No puedo reclamar ese derecho, aunque sea el único que queda —respondió Koorland.

Issachar miró fijamente a Koorland durante un instante.

—El honor cayó sobre tu persona, pero yo te considero digno del rango, hermano. Tú y yo somos iguales.

—Es un gran honor que me consideres un hermano. Intentaré estar a la altura.

—No nos tomamos tus palabras a la ligera, hermano. Necesitamos un líder. Los Imperial Fists son el capítulo más antiguo.

Al asumir el mando nos ahorras mucha discordia y pérdida de tiempo.

—Solo soy un hombre de paja —dijo Koorland.

—No es así.

—Entonces, es una lástima que Bohemond solo me haga caso cuando considera oportuno.

—Te ha delegado a ti el liderazgo.

—¿Entonces, por qué no atacamos? —se quejó Koorland—. Terra se encuentra bajo la sombra de la luna de esas bestias y no hace más que ganar tiempo y atacar a las naves que tiene más cerca. Su plan no tiene ni pies ni cabeza.

—Su plan se basa en los números.

El rostro de Koorland se arrugó de angustia.

—Su orgullo nos pone a todos en peligro. No sería tan terco si no le hubieran obligado a retirarse en Aspiria.

—Todos somos rehenes de nuestras emociones. Hemos perdido mucho —dijo Issachar—. No dejes que eso afecte a tus decisiones.

—Yo ya lo he perdido todo, y ahora nos enfrentamos a la pérdida del mismísimo mundo del trono! ¿Cómo lo superaremos si caen los muros del Palacio y no queda hijo de Dorn para capitanearlos?

Issachar apoyó la mano en la hombrera de Koorland.

—Aún no hemos perdido. La luna no ha atacado. Los orkos no son conscientes de que nos estamos uniendo. Cuando seamos más, iremos a por ellos. Cálmate. Ahora eres señor del capítulo. Hay que tener en cuenta la política.

—La política es lo que ha ocasionado este desastre.

—Los políticos han ocasionado este desastre, hermano. La política es parte de la vida, aunque sea un asunto desagradable —Issachar le dio una palmadita a Koorland en el hombro—. Vamos, ¿por qué no nos ponemos a prueba el uno contra el otro? Es poco habitual que se encuentren dos guerreros de la misma estirpe, a excepción del Festín de las Espadas.

—No hay tiempo para torneos sin sentido.

—No es eso lo que te estoy proponiendo. Pulamos nuestra destreza con la espada, hermano, para así enfrentarnos mejor al enemigo. No es habitual que dos hijos de Dorn crucen espadas, y el combate siempre aporta cierta claridad. Te vendrá bien y para mí será todo un honor.

—¿Honor? —repitió Koorland pensativo.

—¿Luchamos? —preguntó Issachar.

—Ahora no —contestó Koorland—. Más tarde. Primero debo hablar con Bohemond. Ahora que has mencionado el honor, debo hacérselo entender. Este retraso se ha alargado demasiado.

Koorland se alejó a zancadas con el ceño fruncido.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Issachar.

—No, hermano —replicó a voces Koorland—. Este enfrentamiento debe producirse cara a cara y tengo que superarlo por mi cuenta. No puedo depender de mis aliados para seguir adelante. El gran mariscal debe verme como a un guerrero fuerte.

Issachar asintió. Koorland estaba aprendiendo.

Bohemond recibió con afecto a Koorland en sus aposentos parcialmente decorados. Al contrario que las estancias públicas de la *Aborrecimiento*, decoradas con ostentuosidad, las pocas habitaciones privadas que Koorland había visto eran más bien austeras, al estilo monástico. Enterradas en la base de la torre de control de la nave, las estancias carecían de ventanas y de adorno alguno. La armadura de Bohemond se encontraba en una percha en el centro de un expositor lleno de armas. En la pared de enfrente había algunos trofeos colgados en campos estáticos. Las armas eran el único lujo que se permitía el gran mariscal. Al cruzar una arcada de gran altura, se llegaba a su armería personal y por el hueco de la puerta se veía a los tripulantes que, en silencio, atendían las distintas armaduras y el equipo de Bohemond.

Los muebles eran sobrios. Sobre las tres mesas que había se apilaban de cualquier manera documentos importantes y urgentes. La frugalidad de Bohemond no hizo más que aumentar el respeto que Koorland sentía hacia él.

Con su alegato aún presente en mente, Koorland se saltó todas las formalidades y fue directo al grano.

—Marcharemos mañana —anunció.

—Yo no te lo aconsejaría —replicó Bohemond—. Somos muy pocos.

La vestimenta de Bohemond también era sencilla, apenas un hábito de color hueso cubierto de una sobrepelliz de color negro. La cruz de los templarios destacaba en blanco sobre el pecho. Como siempre, llevaba en una cadera la espada de Sigismund, el emblema de su puesto, mientras que en la otra cargaba con una pistola bólder. Todo el que pertenecía al capítulo de Bohemond, ya fuera tripulante o hermano, portaba algún tipo de armamento. La cantidad de tripulantes guerreros que Koorland había visto en la Aborrecimiento no dejaba de sorprenderle.

—No tenemos efectivos suficientes para asegurarnos la victoria, eso es cierto —le concedió Koorland—, pero somos bastantes para tener alguna posibilidad. Lo que no tenemos es tiempo. Terra está bajo amenaza, gran mariscal. Tu plan de atacar la luna más cercana es loable, pero se diseñó antes de que el mundo del trono estuviera bajo asedio. Debemos actuar.

—¿De veras? ¿Qué dirás cuando no solo acabe destruido tu capítulo, sino la mayoría de los otros cuatro? Debemos escoger nuestras batallas con mucho cuidado.

—Solo hay una batalla que luchar. Somos el Último Muro. No será nuestro fin. Nuestros antecesores no se rindieron con Terra cuando todo parecía perdido. No pereceremos.

El rostro de Bohemond era un amasijo de carne; un orko psíquico se había encargado de abrasarla. La mitad estaba compuesta de una máscara de metal y un ojo augmético sin párpado. El

resto estaba tan lleno de cicatrices y arrugas que prácticamente carecía de expresión humana.

—Has hablado como un verdadero hijo de Dorn. Aplaudo tu intención —Bohemond se sirvió una buena copa de una bebida alcohólica que Koorland no supo identificar. Le acercó la botella, pero Koorland negó con la cabeza, y Bohemond volvió a dejarla sobre la mesa—. Si me lo permites, déjame que te haga una analogía.

—Gran mariscal, no hay tiempo de historias...

—Solo nos llevará un momento.

—De acuerdo —accedió Koorland.

Bohemond señaló un par de sillas simples de metal y los dos hombres se sentaron uno frente a otro.

—Sigismund era hijo de Dorn y el primarca lo tenía en tanta estima que, cuando se fundó mi capítulo bajo sus auspex, le concedió una de las naves preferidas de Dorn, la Cruzada Eterna, para que fuera el eje de sus maniobras a la hora de extender el Imperio. Una nave enorme que, por desgracia, se está pudriendo en el desguace de Cypra Mundi, y que no volverá a estar en funcionamiento hasta dentro de veinte años. Me apena muchísimo su falta.

—Al grano, gran mariscal.

Bohemond vació su copa y tomó aire al terminar. Ya no era capaz de cerrar la boca del todo, por lo que la saliva se deslizó de sus labios rajados. Sin remilgo alguno, se limpió la boca con un trapo que se sacó de la manga.

—La Cruzada Eterna representa el espíritu de nuestro capítulo y de nuestro fundador. Sigismund juró que nunca descansaría, que los Black Templars no construirían muros, sino que seguirían avanzando, llevando a la práctica el motivo por el que nos creó el Emperador. Y este fue para unir la galaxia bajo el gobierno de la humanidad, no para supervisar cómo se descompone poco a poco bajo la apariencia de su defensa. Los hijos de Dorn son conocidos por ser buenos guardianes de muros y de castillos.

Pero no es el caso de los seguidores de Sigismund; para nosotros, el ataque es la única forma de defensa. Nuestras espadas son nuestros parapetos, nuestros tanques son nuestras fortalezas, y siempre son más efectivos cuando van a la carga. Los muros no sirven de nada si permitimos que el enemigo viva a las puertas.

Ahora que se encontraba lejos del Consejo de Señores del Capítulo, Bohemond se había vuelto arriesgado y se atrevía a provocar directamente a los Imperial Fists. Koorland se negó a morder el anzuelo.

—Entonces, crees que Terra está perdida —comentó con tranquilidad.

Tal como esperaba, Bohemond no respondió directamente, sino que dijo:

—Tenemos otros objetivos con más posibilidades, hermano. Debemos atacar ya para confundir a los orkos. Si eliminamos tres o cuatro lunas, se verán obligados a hacer un trato. Si atacamos en Terra, dejamos descuidado gran parte del Imperio.

—Y entonces, perdemos Terra. ¿Qué le pasará al Emperador?

Una extraña mirada recorrió lo que quedaba del rostro de Bohemond.

—El Emperador es eterno.

—Gran mariscal, cargas con la espada de Sigismund —al decirlo Koorland señaló la enorme arma—. Su interior alberga un fragmento de la mismísima espada de Dorn, que se quebró en una lucha en la que no consiguió proteger a su señor. Y, aun así, estás dispuesto a dejar que vuelva a suceder lo mismo. Dime, gran mariscal, ¿qué juramentos son más importantes para ti? ¿Los que pronunciaste a tu fundador que, a pesar de ser un gran guerrero y el preferido del Emperador, el primer templario, no era más que un Space Marine? ¿No es un juramento más acuciante el que le hiciste a tu primarca, forjado por el mismísimo Emperador y erigido sobre la vulgaridad de la humanidad para

mejorarla? ¿Niegas a tu padre en favor de su hijo? ¿No vas a honrar tus juramentos?

Bohemond endureció la mirada.

—¿Me estás acusando de hipócrita, Koorland?

—Te estoy pidiendo que pongas en orden tus prioridades, nada más. Si has sentido una acusación de hipocresía, viene de tu propio corazón, no de mis labios —Koorland se inclinó hacia delante—. No siempre podemos perseguir los deseos de nuestros corazones, por muy honestos que sean —dijo, y se quedó callado—. ¿Tienes a la Cruzada Eterna en tanta estima como a tus juramentos?

—Por supuesto, tanto la nave como los juramentos provienen de Dorn.

—Y esta, la Aborrecimiento, que es tu buque insignia mientras se repara la nave de Sigismund, ¿es una buena nave?

Bohemund entrecerró los ojos.

—Es una buena nave, un instrumento válido del Imperio.

—Entonces, como ves, hijo de mi padre, la posibilidad de elegir no siempre está a nuestro alcance —Koorland bajó la mano derecha de un golpe y señaló a Bohemond diciéndole—: con los ejércitos que componen hoy el Último Muro, ordeno que ataquemos Terra. Y tú, gran mariscal, no solo dejarás a un lado tus reparos, sino que acudirás de buena gana.

Koorland se dio la vuelta y se marchó antes de que Bohemond pudiera replicar. Sus dos corazones le resonaron con fuerza en el pecho; el segundo se activó debido a unos niveles de estrés que jamás había sentido en momentos que no fueran conflictivos. Aun así, sonrió.

Los Black Templars marcharían por Terra o Bohemond perdería todo su favor.